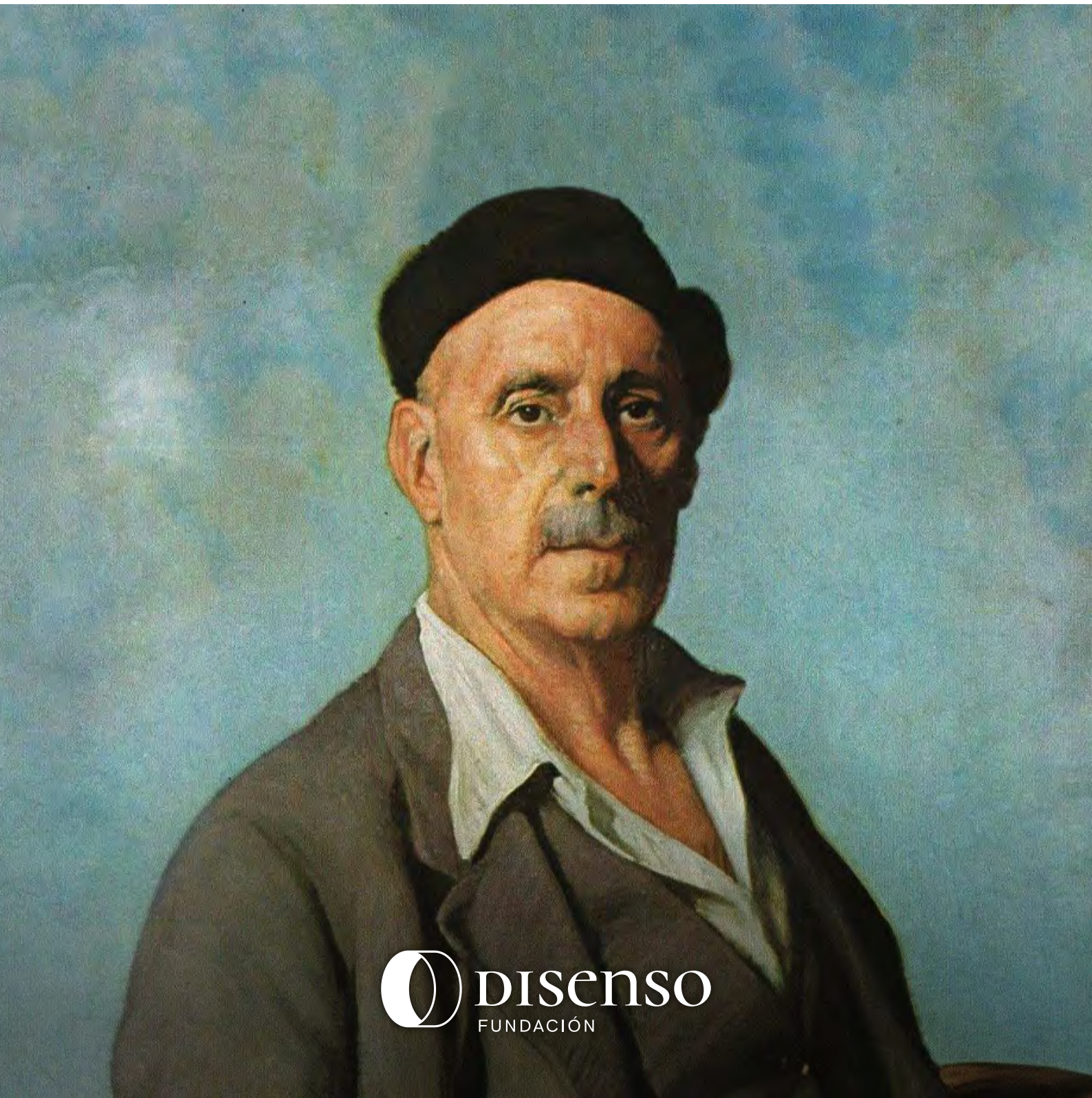


POR DIEGO DE LA LLAVE GARCÍA

ZULOAGA Y EL ALMA DE ESPAÑA



Ya han pasado ochenta años desde que Ignacio Zuloaga, aquel genio vizcaíno de la pintura, pasase de este mundo poco después de que acabará la Segunda Guerra Mundial. Aquel pintor que toda su vida anheló, con un fervor propio de enamorado, retratar el alma de la España eterna cuando los españoles parecían querer deshacerse de ella. Supo ir más allá de esteticismos, y de las novedades adanistas propias de los movimientos de vanguardia, en busca de los pliegues de nuestro suelo; de la expresión de un sencillo campesino que se convierte en eco sordo de nuestra identidad colectiva. En Zuloaga confluyeron tradición y modernidad, a la par que orgullo por lo que es y melancolía por lo que dejó de ser. Una fascinación por todo lo español que se sumaba a un desencanto consciente sobre el destino que se avecinaba. Como si fuera un escritor de aquella Generación del 98 que le fue contemporánea, se convirtió en un testigo de la crisis moral que padecía nuestro país. Como ellos, en su pintura se formula, de forma doliente y apasionada, la gran pregunta que a todos obsesionó: ¿qué es España?

Nacido en el seno de una familia de ilustres artesanos de Éibar en la tumultuosa España de 1870, Ignacio creció entre metales, esmaltes y damasquinados. Su abuelo, Eusebio Zuloaga, fue un maestro armero célebre por su virtuosismo en toda Europa. Su padre, Plácido, sofisticó lo hecho por su abuelo y llevó el nombre de la familia por todas las cortes europeas. Pero Ignacio, aunque heredó el rigor de oficio, y la devoción por el gran trabajo manual de su familia, descubrió pronto que su vocación era la del color y las formas, no la del metal. Sería pintor durante toda su vida. En 1888 viajó a Madrid por primera vez y quedó asombrado por lo que vio en el Prado. Especialmente por Velázquez, Goya y El Greco; lo que algunos conocían ya por entonces con el sobrenombre de «Escuela Española». Del sevillano aprendió la dignidad intrínseca de plasmar la realidad tal como es; del aragonés, la sombra como parte fundamental de dicha realidad; del de Creta, el ascetismo y el misticismo que caracterizará a su obra. Ellos fueron la raíz nuclear de su estilo, y el espejo en el que siempre se miró.

Un año después, con diecinueve años, se mudó a París, como tantos jóvenes artistas que soñaban con la fama y el reconocimiento. La capital francesa era el epicentro del arte moderno. Allí había nacido el impresionismo, y allí nacerían muchas de las vanguardias. Era el lugar propicio para desatender los dictados de la academia, tanto para bien como para mal. En París conoció a grandes artistas como Degas, Gauguin, Rodin o Toulouse-Lautrec y llegó, incluso, a exponer en el importantísimo Salón Nacional. Lo curioso es que ese cosmopolitismo que a todos cautivaba, a él le produjo una sensación de desinterés, amén de cierto rechazo. Admiraba la audacia técnica de las vanguardias que empezaban a nacer, pero las creía huérfanas de trasfondo espiritual, y engreídas por su rechazo de todo el arte anterior. Su sensibilidad «tradicional», más enraizada en lo hondo del ser humano que en la experimentación técnica y formal, le llevó a retornar a España en busca de una verdad que no hallaba ni en la vida bohemia de los cafés parisinos, ni en los estudios cargados de humo del Montmartre.

A su regreso a España, empezó una especie de peregrinación por el interior de la misma. Recorrió los caminos polvorientos de Castilla, los pueblos blancos de Andalucía o los montes vascos que le retrotraían a su infancia. Fue ahí cuando descubrió la «otra España» desconocida para el burgués de ciudad. La España de los campesinos, los mendigos, los toreros y las beatas; de las fiestas populares y de las procesiones. Frente a la imagen romántica, exótica y artificiosa de España que Europa consumía asiduamente, Zuloaga mostró una imagen severa, auténtica, doliente. En pinturas como *Los flagelantes*, *El Cristo de la Sangre* o *Víspera de la corrida* retrató una España orgullosamente hidalga, y enlutada en negro. Trágica, en cierto modo, pero siempre viva. No buscaba reflejar una belleza académica superficial, sino la verdad interior de las gentes de España. Como él decía, sus modelos no posaban, sino que «eran». Veía en ellos la continuidad de una historia propia; la huella de un carácter, la expresión de una raza en el sentido auténtico y espiritual del término.

Esta manera de entender la realidad de España le emparentó fácilmente con los grandes escritores de la Generación del 98. Unamuno, Baroja, Azorín o Maeztu compartían la misma preocupación por el destino nacional tras el Desastre del 98, además de un deseo por impulsar la regeneración de España volviendo a las esencias. Mientras estos escritores buscaban en los paisajes y en las gentes lo nuclear de la identidad en crisis a recuperar, el pintor vizcaíno hacía lo mismo, pero trasladándolo a sus lienzos. Si

Miguel de Unamuno escribía sobre la «intrahistoria» de España, Zuloaga la pintaba. Si Azorín recorría los campos de Castilla cuál pastor trashumante, con una prosa pausada y melancólica –como son los mismos castellanos–, nuestro artista los pintaba. Todos contemplaban la misma realidad, que les fascinaba: un país como detenido por el tiempo; austero, prudentemente callado pero, a su vez, henchido de un particular orgullo que trae consigo la resistencia.

Su pintura, de tonos terrosos y luces sobrias, posee algo semejante a un ambiente litúrgico. Los personajes que habitan las telas parecen participar de un arcano y añejo misterio, reducto del mundo antiguo. Los toreros que aguardan a la muerte para bailar con ella; las mujeres envueltas en negras mantillas; los campesinos que miran al horizonte de la estepa consciente de que lo que se avecina pronto es el invierno, con ese frío que se te mete hasta los tuétanos. El paisaje y las figuras se confunden hasta fundirse, convirtiéndose en una sola cosa. En esos lienzos de Zuloaga la irradiación de la luz no embellece, sino que rasga los velos; no acaricia al espectador, sino que desnuda lo que ve. He ahí la profundidad moral de una pintura que no solo quiere representar, sino interpelar al que la observa.

El éxito de Zuloaga, no obstante, no tardó en llegar. A comienzos del nuevo siglo era ya un nombre reconocido entre todos los marchantes y aficionados a la pintura en Europa. Sus obras se exhibían en París o Londres; cruzarían el charco, y se enseñarían también en Nueva York y Buenos Aires. Su peculiar visión de España fascinaba a los foráneos, y escandalizaba a la burguesía esnobista nacional. Los críticos extranjeros veían en el vasco un heredero de Velázquez y Goya; un artista genuinamente español. Pero, aquí, muchos lo acusaron de ofrecer al extranjero –a diferencia de lo que hacía Sorolla, otro genio– una imagen deformada y sombría de nuestra realidad, deformándola para insistir en el tópico de la «España negra», cuando se hacían esfuerzos por equipararnos al resto de Europa. Con su particular serenidad, Zuloaga respondía: «Yo no invento nada; solo pinto lo que veo». Y lo que veía, ciertamente, como los escritores del 98, era una nación que luchaba consigo misma para poder reconocerse.

El suyo fue un patriotismo severo, exento de sensualismos y florituras. El que nace de una mezcla de amor, y de odio. Por eso sus cuadros son, sobre todo, herramientas de moralización. Late en ellos una meditación sobre nuestra identidad, la necesidad de la persistencia de lo antiguo sobre lo moderno, o la dignidad de la gente sencilla ante la embestida impersonal del progreso y la técnica. Por ello, Zuloaga podría ser una suerte de «tradicionalista» en un mundo de modernidad y vanguardia. No quería despreciar y desechar lo antiguo, sino conservar todo lo bueno y eterno que poseía. Salvarlo de su desaparición.

No fue, tampoco, solo un pintor de paisajes y escenas populares. Su gran magisterio lo ejerció con el género de la retratería. Por su estudio pasaron escritores, músicos, aristócratas y filósofos. Retrató a Unamuno con un ascetismo y una tremenda agonía interior, encerrado en sus pensamientos. Pintó a Pío Baroja, al brujo Manuel de Falla, al torero Juan Belmonte, al nacionalista francés Maurice Barrès, etc. De cada uno de ellos captó una verdad que sobrepasaba, con creces, la propia fisonomía del personaje: su temperamento, su conciencia, sus sentimientos. Son retratos que poseen una gravedad callada; los rostros se muestran insertados en fondos sobrios –como aquel «negro sobre negro» de uno de los retratos que Velázquez hizo para Felipe IV– y la mirada, más que el gesto per se, es la que nos enseña el alma del retratado. Muy pocos artistas han conseguido captar con tanta exactitud la psicología de los grandes personajes de una época ¿Tiziano? ¿Van Dyck? ¿Velázquez?

Con el paso de los años, según las vanguardias deconstructivas se imponían, la pintura de Zuloaga, que había permanecido fiel a su estilo personal, quedó un tanto al margen de todo esto. Mientras Picasso dejaba de «pintar como Rafael» en París, o Miró se adentraba en el mundo de lo onírico, él continuaba asentado en su esencia; alejado del vértigo inestable de la vanguardia. Todos estos, le consideraron un retrógrado; otros tantos, le vieron como el símbolo de la cordura y la exactitud en un mundo de la pintura que, cual líquido, fluía sin rumbo fijo. Su conservadurismo político y estético lo apartaron de multitud de círculos intelectuales. A esto se sumó su rechazo del nuevo régimen republicano a partir de 1931, y su apoyo al bando nacional en la guerra que ganó Franco. No obstante, nunca dejó de pintar, ni de defender su estilo y su visión del arte como testimonio de lo real. Cuando murió en Madrid en 1945, el mundo acababa de salir de una guerra mundial que no le permitiría volver a ser igual. En cierto modo, lo poco que

quedaba de aquel mundo antiguo se esfumaba definitivamente. Y, con él, desaparecía el último representante de la Escuela Española de pintura, por mucho que a Dalí le diera por citar a San Juan de la Cruz.

Ocho décadas después, su figura y su pintura nos siguen interpelando. Muchos mirando hoy a Zuloaga, es como si nos miráramos a nosotros mismos. Sus obras, tan alejadas de la complacencia, nos obligan a enfrentarnos a la necesidad de hallar un equilibrio entre orgullo hidalgo de nuestro ser, y melancolía por lo que ya está extinto. Un difícil equilibrio –acaso, imposible- entre la tradición y el cambio. Su arte, profundamente español y, por ello, universal, nos recuerda que debemos estar en constante diálogo con nuestro pasado, en lugar de renegar de él y olvidarlo. En tiempos de artificio y fugacidad, su mirada de España, tan serena y tan entrañable a la vez, posee más vigencia que nunca. Por eso nos sigue emocionando.

Ignacio Zuloaga pintó el alma de España con sus contradicciones, sus misterios y su fervor en todo. O, al menos, el alma de aquella España, hoy ya tan disminuida. Lo hizo, además, con una fidelidad casi religiosa, sin adornos, ni concesiones irreales. Como los grandes literatos del 98, intentó responder a la gran pregunta de su tiempo y, su respuesta, aunque nacida del movimiento del pincel, no distó mucho de la de un Unamuno o un Azorín. Sus pinturas siguen mirándonos, aún hoy, con un misterio que provoca, como decíamos, una mezcla de orgullo y melancolía que es lo propio del reconocerse, y de reconocernos. Porque lo que retrató no fue una época, sino la condición de un país que vive en una reiteración de claroscuros.